

para que pueda retenerse fácilmente en la memoria, y para ello no tenemos más que exponer literalmente lo que dice en uno de sus discursos acerca de las distracciones y de los malos pensamientos.

« Bienaventurados, dice, los que aman á Dios, y por este amor desprecian las cosas de la tierra. Bienaventurados los que lloran noche y día para librarse de la cólera y de la venganza divina. Bienaventurados los que se rebajan y se humillan voluntariamente, porque serán ensalzados. Bienaventurados los que guardan la templanza y la continencia, porque gozarán de las delicias del paraíso. Bienaventurados los que afligen sus cuerpos con las vigiliias y ejercicios de virtud, porque les está preparado el gozo del paraíso. Bienaventurados los que con su pureza se han hecho templos del Espíritu Santo, porque serán colocados á la derecha. Bienaventurados los que poseen el amor de Dios en sus corazones, porque serán declarados amigos de Jesucristo. Bienaventurados los que se crucifican á sí mismos, porque noche y día contemplarán á Dios, y todos sus pensamientos estarán fijos en él. Bienaventurados los que han tenido ceñidos sus lomos, y preparadas sus lámparas para recibir al Esposo, cuando vuelva de las nupcias. Bienaventurados los que han podido ver con los ojos del espíritu los bienes futuros y los suplicios eternos, y los que con todas sus fuerzas han trabajado para alcanzar la gloria inmortal. Bienaventurados los que siempre han tenido ante sus ojos esta hora terrible y espantosa, y se esfuerzan por agradar á Dios en el tiempo de esta vida. Bienaventurados los que gozan de reposo como los ángeles, á fin de regocijarse con ellos en el día del Señor. »

« Trabajemos, pues, hermanos míos, con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas para no atender más que á las cosas del cielo, para no tener gusto más que en las cosas del cielo, para no discurrir más que en las cosas

del cielo, para no meditar más que en las cosas del cielo, para no conocer más que las cosas del cielo, para no hablar más que de las cosas del cielo, para no hacer más que las cosas del cielo, para no ocuparnos más que en las cosas del cielo, para no tomar en nuestra boca, en todo tiempo y lugar, más que las cosas del cielo, para no vivir más que en el cielo, y para no habituarnos más que á las cosas del cielo. »

SAN BARSÉS Y SAN EULOGIO, SOLITARIOS Y OBISPOS EN MESOPOTAMIA¹.

Sozomeno dice de san Barsés y de san Eulogio, que se distinguieron entre los solitarios de Mesopotamia, pues todo su cuidado lo ponían en desprenderse de las cosas de la tierra para estar dispuestos á servir á Dios, y que ejercitaban su alma en el ayuno, en la oración, en los cánticos sagrados y en la práctica de todas las virtudes, viviendo en un desprendimiento tan absoluto de los bienes y negocios del siglo, y hasta de sus propios cuerpos, que parecían no vivir en este mundo.

Añade que la grande estimación en que se tenían sus méritos hizo que se les consagrara obispos en sus propios monasterios, sin asignárseles ninguna diócesis. Pero este hecho es muy dudoso, porque Teodoreto, obispo de Ciró y vecino de Mesopotamia, asegura que fueron sucesivamente obispos de Edesa, á no ser que, para justificar á Sozomeno, se diga, que, estando ya consagrados obispos, se les asig-

¹ San Basilio, Sozomeno, Teodoroto, Rufino y Sócrates.

nó la Iglesia de Edesa, lo cual es muy incierto. Como quiera que sea, nada sabemos de su vida en la soledad, sino lo que este historiador refiere en el elogio que hace de todos los solitarios, pudiendo conjeturarse que lo merecieron más particularmente por las grandes virtudes que les adornaban, cuando fueron elevados á la cátedra de Edesa. Su nombre se hizo aún más célebre por la persecución que sufrieron de parte de los arianos en tiempo del emperador Valente. Y comenzando por san Barsés, su santidad no brilló sólomente en Edesa y en las ciudades vecinas, sino también en la Fenicia, en la Siria, en el Egipto, en la Tebaida y en todos los lugares á que fué desterrado por causa de la fé.

El primer lugar de su destierro fué la isla de Arad¹, en las costas de Fenicia. En ella hizo tantos milagros con la gracia apostólica de que estaba lleno, que de todas partes venian á visitarle, lo cual fué causa de que el emperador le enviase á Oxirrinca, ciudad muy populosa de que hemos hablado en el libro primero de esta historia. El lecho que dejó en Arad, sirvió para la curación de muchos enfermos, pues todos los que se acostaban en él sanaban.

Esta misma reputación le siguió á Oxirrinca, en donde todo el pueblo concurría á su lado. Viendo el emperador que, cuanto más se le perseguía, tanto más se le honraba, cambió tercera vez su destierro sin guardar consideración á su edad, á un castillo, llamado Filo, en las extremidades del imperio, y próximo á tierra de bárbaros. Como los antiguos historiadores no dan más detalles, no es fácil decidir el lugar en que se hallaba este castillo. Es de creer, sin embargo, que estuviese en la Tebaida, pues Teodoreto dice que el santo anciano estaba allí desterrado, y se cree que allí también murió ántes de terminar la persecución.

¹ Hoy Ruad.

San Basilio le dirigió á su destierro dos cartas, que se conservan. En la primera le manifiesta el deseo que tenia de verle, y añade que era preciso pedir al Señor que los librase pronto de los enemigos de la cruz, y que diese la paz á su Iglesia, pues que así debia esperarse de su bondad. « Porque así como fijó, dice, el tiempo de la cautividad de Babilonia en setenta años, cuando quiso castigar los pecados de los Israelitas, este Dios todopoderoso, que ahora nos aflige por el tiempo que tiene determinado en sus sabios consejos, nos dará la paz de que ántes gozabamos á no ser que los males que experimentamos sean precursores del Anticristo. Si esto es así, rogad al Señor que difiera estos males para otro tiempo, ó que nos fortalezca con su misericordia para sobrellevar tantas tribulaciones. Os ruego que saludeis en mi nombre á todos los que os acompañan. » — Estas últimas palabras de san Basilio dan á entender que habia otros eclesiásticos desterrados con él, y esto aparece aún más claramente en su segunda carta.

En ésta no le manifiesta el mismo santo Doctor ménos cariño. Deseo ardientemente, le dice, manifestaros de viva voz la estimación en que tengo vuestra piedad, y felicitaros por las grandes cosas que Dios realiza por vuestro ministerio para su gloria, pues vuestro nombre se ha hecho muy célebre entre los que temen verdaderamente al Señor. Pero mis enfermedades y el cuidado de las iglesias de que me hallo verdaderamente agoviado, me privan de este placer, que sólomente puedo gozar por escrito. Espero pues, que vuestra piedad pida á Dios por mí y por estas iglesias, para que pasemos los dias, ó tal vez las horas que nos quedan de vida, sin peligro de perdernos. A todos los que están á vuestro lado y que con vos combaten por la fé deseamos lo que para nosotros deseamos. Dignaos aceptar algunos presentes que os envío, y concederme, á ejemplo del patriarca Isaac, vuestra santa bendición. Me encomiendo á

vuestras oraciones, y pido al Señor que os conserve para mi consuelo y para bien de su Iglesia.

Como se eligiese un lobo, según la expresión de Teodoro, ó sea un ariano, para ocupar la silla de san Barsés, el pueblo, á quien también se habían quitado las iglesias, no quiso comunicar con él, y celebró sus asambleas en el campo. Con este motivo ocurrió un hecho que honra mucho la memoria de este pastor y la fé de sus ovejas, por lo cual no debemos dejar de narrarlo, fundándonos en el relato de Sócrates, Rufino, Sozomeno y Teodoro.

Habiendo venido el emperador Valente á Edesa para ver la célebre iglesia en que descansaban las reliquias de santo Tomás apóstol, se irritó en extremo al encontrar reunidos á muchos católicos, y en el arrebato de su ira abofeteó al prefecto, llamado Modesto, que se hallaba á su lado, reprendiéndole por no haberles arrojado de ella, como tenia ordenado. Le mandó al mismo tiempo reunir á todos los archeros de la ciudad y á toda la gente de guerra, para castigar á los católicos y disolver sus asambleas.

Aún cuando Modesto se hallaba enteramente sometido á la voluntad del emperador, tuvo miedo de ejecutar esta orden, y la difirió hasta el día siguiente: además avisó secretamente á los católicos para no tener á quien castigar. Salió pues á la mañana siguiente con grande aparato y haciendo terribles amenazas para salvar las apariencias; pero quedó sorprendido al ver que los católicos, lejos de ocultarse, corrían apresuradamente al lugar de la asamblea. Lleno de estupor, no sabia que partido tomar, y adelantaba pensativo hacia el lugar en que se celebraban las reuniones, cuando una mujer con un niño en sus brazos atravesó por entre las filas de soldados, para reunirse á los católicos.

Bién sabia Modesto cual era el designio de esta mujer piadosa; pero para asegurarse mejor, la mandó acercarse, y le dijo: ¿A donde vas, desgraciada, sin velo en la cabeza

y con tanta precipitación? — Voy, le contestó, á unirme á mis hermanos. — ¿No sabes, insistió el prefecto, no sabes la orden que ha dado el emperador, de dar muerte á todo el que vaya al lugar de la asamblea? — Ya lo sé, contestó esta mujer heroica, y por lo mismo me apresuro yo á ir. — ¿Y porqué llevas á ese niño? — Para que tenga la dicha de sufrir el martirio.

Por el ánimo de esta mujer intrépida comprendió el prefecto que todos los católicos se hallaban animados del mismo espíritu, así es que, presentándose al emperador, le refirió lo que habia visto, y le hizo presente que era necesario dejar á los católicos, ó dar muerte á todos, lo cual no podría ménos de ser cruel y vergonzoso.

El emperador cedió en parte á estas razones, y mandó que se llamase á los que ocupaban el primer lugar entre los católicos, es decir, á los sacerdotes y diáconos, y se les ordenase de su parte comunicar con el obispo ariano, ó desterrarles, si rehusaban hacerlo. Hallábase san Eulogio á la cabeza de este respetable clero, y Protógeno ocupaba el segundo lugar. Eulogio habia practicado, como hemos dicho, la vida solitaria cerca de Carrhes. Habiéndolos reunido Modesto, les manifestó con mucha moderación que era una temeridad oponerse á la voluntad de un príncipe que mandaba tantos pueblos, no siendo ellos más que un puñado de hombres sin poder alguno, y les exhortó á obedecer.

Le escucharon en silencio, y queriendo el prefecto tener alguna contestación, se dirigió á Eulogio. «No tengo necesidad de responder, dijo el Santo, puesto que no me habeis preguntado. — Hace mucho tiempo que estoy hablando, dijo el prefecto, y que os exhorto á tomar el partido más ventajoso. — He creído, replicó Eulogio, que, habiendo hablado á todos en general, no debia yo solo hablar; pero si quereis saber mis sentimientos, no los ocultaré. — Co-

municad con el emperador, interrumpió el prefecto. — A lo cual respondió Eulogio con gran sagacidad; ¿Es que el emperador quiere unir la dignidad de obispo al poder imperial?

Enojado el prefecto, respondió con algunas palabras poco cultas, y añadió: « No os he dicho esto, hombre ignorante y estúpido, sólo pretendo que comuniquéis con los que con él comunican. » Pero habiéndole dicho Eulogio que estaban sometidos á un pastor, arrestó el prefecto á ochenta eclesiásticos, y los desterró á Tracia.

Muy pronto se extendió la noticia, y los habitantes de las ciudades y aldeas inmediatas se apresuraron á salir á su paso para colmarles de honores, y felicitarles por su constancia y por el triunfo que habian alcanzado sobre la herejía. Sus enemigos se llenaron de envidia, é hicieron entender al emperador que, en lugar de deshonrarlos con este destierro, habian alcanzado más grande gloria, lo cual determinó al príncipe á separarles y enviarles de dos en dos, unos á Tracia, otros á la Arabia, y otros á la Tebaida, llevándose la crueldad hasta el punto de separar á los hermanos y á los que se hallaban más unidos por los vínculos de la sangre y de la amistad.

Pero Dios que se vale de la malicia de los hombres para sus santos fines y para su gloria, permitió que Eulogio y Protógeno fuesen relegados á Antioe para obrar la salud de muchos. Allí encontraron un obispo católico, y asistieron á las asambleas eclesiásticas. Pero viendo que era pequeño el número de fieles, mientras que era muy considerable el de paganos, no se contentaron con gemir ante el Señor, sino que resolvieron trabajar en su conversión. San Eulogio se encerró en una celda, en donde oraba dia y noche, para que Dios bendijese su empresa, y Protógeno que era hombre de ciencia, abrió una escuela en que enseñaba á los niños á leer y escribir: los instruía en las santas Escri-

turas, y les dictaba los salmos y aquellos pasajes de los Libros santos, que eran más convenientes para su instrucción.

Un milagro que hizo en este tiempo dió crédito á su santa doctrina, y apresuró la conversión de muchos. Habiendo caido enfermo uno de sus discípulos, fué á visitarle, y tomándole de la mano, le curó con su oración. Cundió al punto la noticia, y así es que, cuando habia algún niño enfermo, le llevaban los padres, para que lo curase. Pero como les dijese que no podía pedir por ellos mientras no recibiesen el santo bautismo, se consintieron sin dificultad á ser bautizados, y de este modo, al par que la salud del cuerpo, les daba la del alma.

Dice también Teodoreto que, cuando convertia á algún pagano, lo llevaba á san Eulogio, para que éste le imprimiese al santo carácter. Más como se lamentaba de que viniesen á interrumpir su oración, le respondió Protógeno, que más interesante que la oración era la salvación de los que salian del error. Añade este historiador que todo el mundo admiraba la virtud de Protógeno, que, á pesar de haber recibido de Dios el dón de hacer milagros y luz para hacer conocer á tantas gentes la verdad, se consideraba, no obstante, inferior á Eulogio, y le llevaba á los que habia convertido.

Por último, habiendo sido devuelta la calma á la Iglesia, volvieron estos dos santos á su patria, aunque con grande pena de aquellos á quienes dejaban, quienes les acompañaron durante un largo trayecto de camino, y sintiendo sobremanera su partida el obispo del lugar, que se veía privado de estos celosos operarios. A su regreso ocupó Eulogio la silla vacante por defunción de san Barsés; mientras que Protógeno se encargó del gobierno de la iglesia de Carrhes⁴, en la que tuvo que trabajar mucho á causa del

⁴ Hoy Harraa, ad sud-oeste de Edesa.

gran número de paganos que habia. Así es que ninguno otro hubiera sido tan adecuado para que se le confiase un campo tan erizado de abrojos y espinas. San Eulogio fué colocado en la cátedra de Edesa por san Eusebio, obispo de Samosata, ántes del concilio de Antioquia, al cual asistió en el año de 379, y del de Constantinopla en 381. El Martirologio, romano hace memoria de san Barsés el 30 de Enero, de san Eulogio el 5 de Mayo, y de san Protógeno el 6 de este mismo mes.

SAN ABRAHAM, SOLITARIO Y SACERDOTE, Y
SANTA MARIA PENITENTE, SU SOBRINA

Es tan conocida la historia de san Abraham, que nada nuevo podemos añadir acerca de ella. Pero esto no nos dispensa de exponerla ; ántes bién los que la hayan leído en otras obras quedarán nuevamente edificados de encontrarla en la nuestra ; pues los ejemplos de esta naturaleza siempre impresionan, y cada vez que se oyen producen nueva satisfacción. No es pequeña la que experimentamos por tener al gran san Efrén como garantía de lo que vamos á decir, ¿ Cual mejor ? Es verdad que algunos autores han atribuido su historia á otro Efrén ; pero Tillemont ha combatido esta opinión con razones muy sólidas. Para realizar nuestro propósito, nos valdremos de la traducción de Vossio y de la de Rosweide.

Fácilmente se reconoce en el prólogo de san Efrén la humildad profunda que aparece en todas sus obras, y esto nos confirma en que ésta es verdaderamente suya : « Me he propuesto, hermanos míos, dice, relataros la vida bella

